

EL BAÑO MUSULMÁN DE MURCIA Y SU CONSERVACIÓN

Aunque parezca extraño a un observador un tanto al margen de nuestra vida, la inclusión entre los «nacionales» o «arquitectónico-artísticos» no asegura a los edificios de épocas pasadas contra la destrucción, producida, ya por su abandono, en colaboración con el tiempo, ya por la más rápida de la voluntad humana. En ocasiones, como ha ocurrido recientemente con el castillo de San Marcos del Puerto de Santa María, la historia de cuya fundación se relata en las *Cantigas* de Alfonso el Sabio ¹, monumento de excepcional importancia histórica y arqueológica, incluido entre los amparados por el Estado, sufren restauraciones radicales, se les moderniza y pone tan nuevos por gentes incompetentes en estos delicados menesteres técnicos, que pierden, a la par que autenticidad, belleza y valor arqueológico.

Las leyes, perfectas casi siempre, pero incumplidas, no protegen eficazmente las obras artísticas pretéritas cuando las gentes carecen de cultura y sensibilidad suficientes para comprender su valor y apreciar su belleza. Tan sólo con una lenta y continuada labor misionera, de educación de las generaciones jóvenes, se conseguirá algún día que los monumentos aún subsistentes disfruten de la estimación y el respeto debidos. Labor a realizar primero donde se formen educadores y maestros, para que éstos, en escuelas, colegios e institutos, hablen a sus alumnos sobre la historia local en relación con la española, y los lleven con frecuencia a visitar los restos y monumentos de otros

¹ Leopoldo Torres Balbás, *La mezquita de Al-Qanāṭir y el santuario de Alfonso el Sabio en el Puerto de Santa María* (AL-ANDALUS, VII, 1942, páginas 417-437).

tiempos que su respectiva población conserve. Así se logrará llevar a la conciencia colectiva la idea de que toda generación es un eslabón de ininterrumpida cadena, heredera de un patrimonio espiritual y de una cultura a transmitir a las futuras. La conciencia histórica es una de las características más acusadas que separan al hombre civilizado del que no lo es. Bárbaro será si carece de ella, aunque domine una técnica modernísima y disfrute de sus más recientes avances.

Generaciones futuras, conocedoras del pasado y educadas en el respeto y el amor de sus restos, no proyectarán el derribo de éstos para transformar las viejas ciudades, con ideal urbano de nuevo rico, en otras modernas, de anchas avenidas, calles tiradas a cordel y rascacielos.

En urbes tan saturadas de arte e historia como son muchas de las españolas, uno de los primeros pasos para estudiar el complejo problema de su reforma interior es señalar en su plano los edificios o conjuntos urbanos que por su belleza, carácter o interés histórico o arqueológico merezcan conservarse. Después, vendrá el trazar nuevas calles o modificar las existentes, siempre respetando los edificios y conjuntos señalados. Una vieja ciudad se ha ido formando en lenta labor de siglos, a través de los cuales adquirió personalidad y carácter. La labor multisecular puede ser borrada rápidamente por la barbarie, unida a la incompetencia. Mientras se alcanza el nivel de cultura cívica suficiente para que esos hechos no ocurran, el Estado debe de velar para que nuestras viejas ciudades no vayan perdiendo el carácter y la belleza que aún conservan muchas de ellas. Sus proyectos de reformas urbanas merecen ser cuidadosamente estudiados y discutidos, con la intervención, entre otros técnicos, de los que sientan el espíritu tradicional de la urbe y sean capaces de fijar lo que debe subsistir de ella. Pues la reforma de las ciudades exige en los que la dirijan una cierta formación. Hay que condenar la creencia, muy generalizada, de que cualquiera es capaz de fijar las directrices generales de un cambio urbano. Hace días un telegrama aparecido en la prensa diaria informaba del proyecto de una autoridad municipal de derribar los edificios que rodean una vieja catedral, sin duda para dejarla aislada, en

el centro de una gran plaza. Ignoraba el proyectista que seguía una moda triunfante en Francia hace un siglo; cuya difusión hizo perder carácter y ambiente medieval a edificios destinados a verse parcialmente, entre reducidas viviendas que, por contraste, contribuyen a aumentar la impresión de su grandeza. Lo mismo puede decirse, entre otros edificios, de la mezquita de Córdoba; a nadie hasta ahora, felizmente, se le ha ocurrido derribar las casas que la circundan para construir un parque.

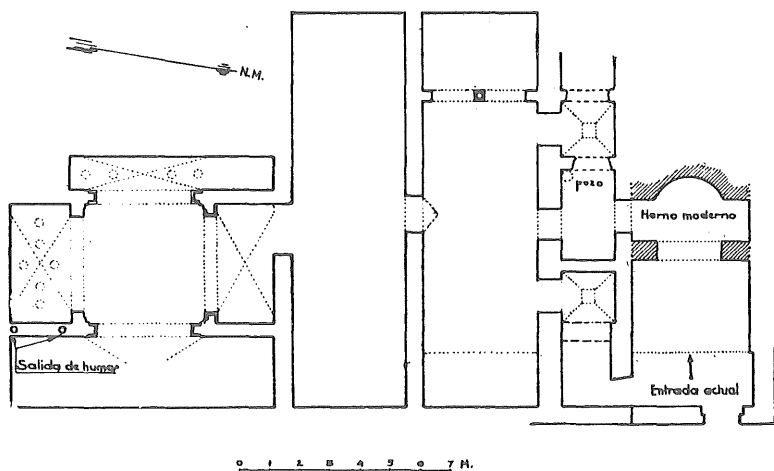
A veces, peor que la pobreza es la abundancia de recursos. En una casa venida a menos, por grande que sea su decadencia, suelen subsistir vestigios del noble mobiliario de otras épocas. Si, rota la tradición, sobreviene un enriquecimiento rápido de sus moradores, todos esos objetos viejos, medio destruidos, pero conservando aún reflejos de dignidad y belleza, serán desechados para sustituirlos por otros relumbrantes modernos, de pésimo gusto casi siempre.

De su pasado islámico, tan sólo conserva Murcia los restos de un baño. Hace años que, para protegerle y asegurar su conservación, fué incluído entre los monumentos tutelados por el Estado. Nada más se hizo; el edificio, transformado en casa de vecindad y horno de pan, siguió ruinoso, en parte, y abandonado. Actualmente se trata de derribarle para abrir una nueva calle. Pero esa vía, torpemente proyectada cortando un resto monumental único, puede y debe desviarse; no hay razón alguna de interés público que aconseje su trazado recto, como en cualquiera ciudad norteamericana. Con un trazado curvo o quebrado ganará en perspectiva y belleza, y, sobre todo, salvará una reliquia del pasado de la ciudad, un recuerdo de su historia. ¡Qué honor para los gestores municipales, si así se hace, cuando el día de mañana se diga cambiaron la dirección de una calle por razones de orden puramente espiritual!

Los restos de ese baño árabe están en la casa n° 15 de la calle de la Madre de Dios ¹, y redúcense a varias salas aboveda-

¹ La descripción siguiente refiérese al estado del baño hace unos veinte años, última vez que lo visité.

das. Por una, cubierta con un medio cañón rebajado, tienen hoy el ingreso, que se hace descendiendo desde el nivel de la calle; probablemente por este mismo lugar o por otro próximo entraríase cuando estaba en uso; son obras modernas un arco sobre dos pilastras y el horno que se ve a su fondo ¹. Una puerta en el muro de la izquierda lleva a una angosta nave, dividida en un tramo central cubierto con un medio cañón, y dos pequeñas cá-



Murcia. — Planta de los restos del baño hispanomusulmán.

maras inmediatas, que lo están con bóvedas esquifadas, de espejo, es decir, con su parte central plana.

Tras ellas, se prolonga, a uno y otro lado, la nave, cubierta con un medio cañón de eje longitudinal. Siguen después dos salas rectangulares, alargadas, paralelas a la nave descrita, orientadas de este a oeste, de 13,25 metros de longitud y 3,80 aproximadamente de ancho. Tienen también bóvedas de medio cañón. En la primera, a la derecha, dos arcos, apeados en pilastras y en una columna central de piedra, forman un atajo. La segunda sala es-

¹ Dice González Simancas, en su inédito «Catálogo monumental de Murcia», haberse encontrado un gran aljibe bajo los escalones de ingreso.

tuvo iluminada por varios tragaluces, perforados en su bóveda y hoy ciegos. Desde ella pásase, por una puerta ensanchada modernamente, a una de las cuatro galerías, desiguales en longitud y anchura, que rodean lo que hoy es un pequeño patio y en época islámica fué una estancia cuadrada, de cuatro metros de lado, cubierta con bóveda desaparecida; probablemente sería de paños. Subsisten los arranques de las trompas de ángulo, pero de tal modo recubiertos por revestidos modernos, que no es posible distinguir su forma.

Descansaba la bóveda o cúpula sobre cuatro grandes arcos de herradura muy cerrada, apeados en cimacios de piedra pizarrosa de Espinardo, con molduración de listel y nacela; a las columnas que los sostenían sustituyen pilastras de ladrillo. Las estrechas naves que rodean este espacio, hoy sin bóveda, cubrense con otras de arista, perforadas por pequeños tragaluces o claraboyas.

Empotrados en uno de los muros de separación de esas naves, se ven dos conductos de humo, indicando que bajo estas habitaciones hay un hipocausto. Falta otra cámara inmediata, la más caliente — *al-bayt al-sajūn* — junto a la cual estarían el horno y las habitaciones de servicio. En la estrecha nave, a la que se pasa desde la de ingreso, hay un pozo que proporcionaría agua al baño.

Los muros son de argamasa y mampostería de piedra de río, y las bóvedas y arcos, de ladrillo, con gruesos tendeles de cal, despiezadas las de arista con los arcos del patio. El edificio pudiera ser del siglo XI o XII; pero, si suponemos contemporáneas de su construcción las boveditas de espejo, no debió de levantarse en fecha más tardía que el siglo XIII, poco antes de la conquista y paso a manos cristianas de la ciudad de Murcia. Tal vez sea éste el baño concedido por Alfonso X en 1274 a don García Martínez, obispo electo de Cartagena, en Murcia, cerca de la iglesia de Santa María, «con el forno, e con el baño, e con las tiendas, e con todas sus pertenencias»¹.

¹ *Mem. Hist. Español*, tomo I (Madrid 1851), doc. CXXXIV, pp. 296-297.

La Dirección de Bellas Artes y el Ministerio de Educación Nacional no permitirán seguramente la bárbara destrucción del baño murciano. Impónese su adquisición ¹, tras la que deben de realizarse en él las obras necesarias para conservarle dignamente. — L. T. B.